

EL MISTERIO DE LA IGLESIA Y LOS JOVENES

Al iniciar estas líneas, pienso en un sector de nuestros bachilleres españoles: los alumnos de los últimos cursos del bachillerato. Por razones tan complejas como numerosas, la cantidad de alumnos que se dedican a los programas del bachillerato ha crecido en tales proporciones, que constituye en la hora presente un punto importante de nuestra organización universitaria: el problema de la selección.

Para nosotros, catequistas, este hecho cobra interés en dos aspectos muy concretos. En primer lugar, advirtamos que el Bachillerato Superior ofrece a los jóvenes la posibilidad de consagrarse a estudios con carácter en algún modo científico. El curso Preuniversitario, especialmente, con su orientación monográfica y sus programas sin margen definido, reclaman del alumno atenta meditación personal y un buen ejercicio de reflexión científica.

Se puede afirmar, en términos generales, que el bachiller de los últimos cursos conoce experimentalmente y, al menos, de modo inicial el condicionamiento del problema científico y la mecánica interna del quehacer intelectual.

En segundo lugar, y esto por razón de contraste, observamos en muchos jóvenes una actitud acientífica frente a los problemas religiosos. Son muy pocos los jóvenes que se plantean seriamente y tratan de resolver con rigor científico el tema de sus creencias religiosas. La religión y la fe, suelen pensar, son realidades del corazón y de la voluntad, una ley del propio obrar, no un tema para poner en discusión o «demostrar».

Este segundo punto parece estar en contradicción con aquella secreta ambición, tan común entre ellos, de llegar al fondo de los problemas científicos y, especialmente, psicológicos.

Admitido el hecho, veamos qué aplicación puede tener para la catequesis.

Primeramente, formulemos una pregunta. ¿Por qué el joven de sexto de bachillerato —donde se estudia la Iglesia— ha constituido para la religión una categoría especial? Es claro, a todas luces, que su modo de pensar no es fruto de un silogismo en el que se barajen

términos filosóficos. Su mentalidad ha sido creada por un conjunto de factores ambientales: tono de exposición, orden seguido, exigencia escolar, medios didácticos..., que han acompañado la presentación de los temas religiosos. El alumno ha podido observar —así lo creemos— actitudes tan diversas como la del profesor de matemáticas y la del catequista. Entiende, a su modo, que el catequista es mensajero especial de Dios, intermediario entre Dios y sus hijos, un hombre vinculado a una obra santa. Por eso, la hora de religión crea un clima propicio al acercamiento entre las almas; y los mismos juicios emitidos provocan una intercomunicación de sentimientos y de anhelos entre alumno y profesor, aptos para sentirse unidos en un orden superior: la vida de la gracia.

Termina el joven por hacerse vitalmente suyo el pensamiento de G. Marcel: «La religión no es "problema", algo absoluto, objetivo, separado de nosotros y enfrente de nosotros. Por el contrario, la verdad y el vivir religioso llegan a formar una parte de nuestro existir.»

Hasta aquí, el pensar del joven sobre la religión en general. Pero, apresurémonos a decirlo, la religión no existe en formas genéricas. El cristianismo ha adoptado una forma de vida concreta, perceptible y pública, que se llama Iglesia Católica. Esta Iglesia es para el católico —para el joven objeto de nuestra atención— la única vía de personificar y vivir sus creencias religiosas.

Supuesto todo esto, preguntémos de nuevo: ¿Qué piensa un estudiante, al final de su bachillerato, sobre la Iglesia? ¿Ha intentado alguna vez comprender cuáles sean las posibilidades científicas del cristianismo en su realidad eclesial? ¿No es la Iglesia uno de tantos hechos consumados que es preciso admitir sin discusión? En resumen, ¿se preocupan los jóvenes de su fe, en el sentido de querer explicar el último porqué de su pensar y obrar?

La respuesta ha sido anteriormente apuntada. Los jóvenes, por ley general, no sienten la necesidad de una auténtica apologética de su religión y, por consiguiente, de saltar a la vida con un esquema lógico-doctrinal del cristianismo.

Para entender esta actitud, es indispensable un acercamiento a la psicología juvenil.

El joven está dominado por los valores subjetivos. Su intimidad incipiente le inclina instintivamente hacia los seres que pueden saciar su afectividad. Ahora bien, en la esfera de ésta, lo bueno y lo bello y, en general, cuanto pueda ser objeto de posesión inmediata adquiere

lugar de primacía. De ahí que la verdad abstracta y universal pase a segundo plano, cediendo terreno a los valores concretos y particulares.

Este fenómeno parece ser universal. En este sentido lo formula F. V. Ayel, incansable catequista y gran conocedor de la juventud francesa: «Llegado a esta última etapa de su camino, el joven entregado al estudio de materias áridas y profanas, es capaz de saborear la alegría de la verdad objetiva y la armonía de una bella síntesis. Pero esto es solamente una meta que muy pocos logran alcanzar. Ordinariamente, se puede observar en este período una apatía por las exposiciones fríamente luminosas y los razonamientos demasiado impersonales»¹.

El catequista tendrá muy en cuenta esta postura del joven, y procurará dar a su enseñanza religiosa el calor y entusiasmo que reclaman los catequizandos. No queremos decir con esto que debemos prescindir en todas nuestras clases de religión del aparato demostrativo propio de todo tema científico.

El descubrimiento del cristianismo en su dimensión científica, si no lo podemos calificar de imprescindible, al menos hemos de reconocer que puede ser de grande utilidad al joven y a todo hombre de estudio.

Permítasenos insistir en esta última afirmación.

De todos es notorio que el hombre acostumbrado a pensar suele preguntarse por los motivos de sus actividades, religiosas inclusive. Cuanto mayor es la personalidad de un sujeto, tanto más claras están en su mente las razones de su obrar. De ahí que el bachiller, no teniendo aún auténtica personalidad, tampoco suele formular claramente el porqué de sus comportamientos.

Ahora bien, terminado el bachillerato e introducido en un ambiente social más complejo, el joven se halla expuesto a la desorientación y, consiguientemente, a innumerables riesgos de toda índole, tanto psicológicos como religiosos.

En este momento es cuando pueden sobrevenir —y de hecho así ocurre muchas veces— las *crisis de la fe*, que se traducirán en la anemia total por todo cuanto tenga valor de vida cristiana.

Hemos señalado un posible adversario de la fe, el ambiente. Pero no podemos omitir la consideración de un enemigo interno: el demonio de la impureza.

¹ AYEL, Fr. Vincent, *Comment développer le sens de l'Eglise: Chez l'adolescent, étude d'ensemble*, Lumen Vitae 8 (1953) 438.

Ningún educador puede soslayar la fuerza inmensa y los estragos de esta nefasta pasión.

Como todas las pasiones, oscurece el entendimiento y puede llegar a embotar completamente los sentimientos más nobles del hombre. En el joven, este peligro es todavía mayor a causa de su escasa personalidad y de la violencia de las pasiones propias de su edad. A. M. Javierre ha sintetizado en frases clarividentes la perpetua vigencia de estos elementos adversos a la fe: «No es posible hoy hablar de religión a los jóvenes —dice—, sin ver surgir ante mis ojos el espectro de su posible crisis de fe. A medida que pasan los años, me voy convenciendo de su frecuencia; aunque sólo excepcionalmente aflore en términos expresos... Porque tal vez sea ya hora de revisar el sentido de un binomio doblemente negativo y tristemente documentado, "impureza - infidelidad"...» Y concluye con unas palabras que bien pudieran considerarse como la regla de oro para la catequesis que propugnamos en estas páginas: «Es que, en sintiendo la mordedura de la carne, no hay quien a la larga se resista, sin un motivo superior que dé cumplida respuesta a toda una angustiada cadena de porqués»².

De cara a estos problemas, el educador puede y debe reaccionar por cuantos medios estén en su mano, fortaleciendo al joven en la lucha contra estos enemigos tan poderosos. En las manos del catequista está —creemos— una buena parte de la solución.

La catequesis tiene recursos muy eficaces para defender y encauzar la vida cristiana en relación con todos sus posibles escollos. En este sentido, no siempre la actitud del catequista es suficientemente lógica y teológica. No faltan catequistas que repiten incansablemente el consabido aforismo doctrinal: «La gracia no destruye la naturaleza.» También nosotros lo creemos firmemente, mientras sirva para reconocer los derechos de la bondad y omnipotencia divinas. Pero es preciso confesar que esa verdad teológica se ha convertido en pretexto para justificar muchas posturas pasivas y aburguesadas.

La catequesis, sin prescindir de ese elemento principal y decisivo, y a la sombra del mismo, prefiere regirse por la regla complementaria: «La gracia necesita un apoyo en la naturaleza.» La oración del catequista será para pedir a Dios que fructifique su obra, nunca para que la supla.

Por tanto, y digámoslo claramente, tienta a Dios quien menosprecia prácticamente los recursos psicológicos de la doctrina cristiana.

² JAVIERRE, Antonio María, *Contraseña de Dios*, Barcelona, 1957, p. 3.

Y esto se hace cuando no se proclama la verdad del cristianismo con la claridad y lógica organización que le son propias.

Sabemos por experiencia la fuerza de la idea en la causación de las obras. Una idea clara tiende, naturalmente, a su realización total y definida. Por el contrario, las ideas confusas no producen sino frutos abortivos e impersonales. La sicología humana es de tal índole, que no se determina normalmente por motivos inseguros.

Consecuentemente, el comportamiento cristiano estará fuertemente influido por la claridad de las ideas que lo impulsen. Por tanto, si queremos obtener un cristianismo vigoroso, informemos nuestra catequesis con absoluta seguridad doctrinal.

De estas consideraciones se deriva para el catequista el deber de promover en sus jóvenes la fe ilustrada, que es «obsequio racional»³. La incredulidad, ya práctica, ya teórica, se evitaría muchas veces si no cundiera tanto la deficiencia doctrinal de principio. A este propósito, viene a cuento el proverbio latino: «Ignoti nulla cupido.» Puede decirse, con toda verdad, que en la ignorancia religiosa —es lástima que no todos se den cuenta de este hecho— encuentran su explicación muchas vidas malogradas para la gloria de Dios y el esplendor de su reino en la tierra, que es la Iglesia.

Lo hasta aquí expuesto nos permite enunciar esta primera consecuencia. En toda catequesis del bachillerato superior ha de reservarse un lugar, para presentar a los jóvenes una visión densa y clara del Cristianismo en su aspecto teológico-apologético. Esto, naturalmente, sin perder de vista que el cristianismo se halla encarnado en forma de Iglesia Católica.

La finalidad de esta revisión no tiene solamente una función preventiva, es decir, fortalecer al joven contra las acometidas del ambiente y de sus pasiones, sino también, y sobre todo, se propone avivar su fe por cuantos medios humanos están a nuestro alcance.

Admitida la conveniencia de esta catequesis, pasemos ya a enunciar los principios normativos de la misma y el modo práctico de organizarla.

Pero antes parecen justificarse algunas observaciones. Tengamos presente —para evitar todo posible equívoco— que nuestro intento es muy parcial. Proponemos solamente una perspectiva de nuestro cristianismo y, ciertamente, no la más rica ni la más verdadera.

Pero, no por limitada, esta visión panorámica del cristianismo, a lo

³ Rom. 12, 1.

largo de su ilación lógica, carece de importancia. Esperamos que esto quede bien entendido.

Además, como ya queda expuesto, se bosqueja aquí una catequesis *transitoria*. No se trata de emplear todo un curso en esta elaboración teológico - apologética de nuestra religión. Sería, por de pronto, una pérdida de tiempo y una fuente de dudas para los jóvenes que nos oyen. Esto no obsta para que, dejando aparte los puntos controvertidos, dediquemos todo nuestro empeño en determinar debidamente cuantos elementos históricos posee el cristianismo.

Por último, advirtamos que, tratándose de la religión, realidad originariamente divina, la *ordenación lógica* de su contenido debe principiar en Dios y terminar en la criatura.

Esta idea nos introduce ya en el primer punto anunciado.

A. — LA CATEQUESIS ECLESIAL PARA JÓVENES, Y SUS PRINCIPIOS METODOLÓGICOS

Antes de comenzar una enumeración de principios, debemos indicar que, en realidad, no vamos a tratar de la catequesis propiamente eclesial. Las orientaciones que se insinúan a continuación se refieren a lo que podríamos llamar el prólogo de la verdadera catequesis sobre la Iglesia. Por eso, siempre debe suponerse la parte complementaria, orientada, directa y primordialmente, a promover y sostener la vida espiritual del cristiano, miembro del Cuerpo Místico de Cristo.

Al pensar en una catequesis eclesial para jóvenes, dos métodos se nos presentan como posibles: el inductivo y el deductivo.

El primero considera a la Iglesia como un hecho teológico, la obra acabada de Dios. Sigue la vía de «justificación», apta para los hechos consumados. Admitida la Iglesia como efecto divino, la catequesis se propone explicar su naturaleza, funciones y organización... Para ello, parte de lo concreto, la Iglesia tal y como se presenta en nuestros días, en nuestro ambiente; y, mediante un proceso de abstracción, llega hasta la causa, Dios, pasando sucesivamente por los conceptos de jerarquía, mediación y revelación.

Este método es el más apropiado para la catequesis eclesial propiamente dicha, desarrollada, normalmente, entre niños pequeños. No negamos, por tanto, su legitimidad y eficacia. En cuanto a la seguridad de este método, debemos decir que es absoluta y total, puesto

que se asienta sobre la regla infalible de verdad que es la voz de la Iglesia.

Pero no podemos compartir la opinión de quienes proponen este proceso como el único legítimo.

Para el programa concreto de que venimos hablando —revisión lógica de la doctrina sobre la Iglesia—, el método inductivo no es el más apropiado.

En efecto, toda elaboración científica debe comenzar con principios absolutamente ciertos y, al mismo tiempo, claramente manifiestos. Ahora bien, la infalibilidad no es un elemento primario y palpable en el concepto de Iglesia. Al contrario, *aparece* como atributo *secundario*. De hecho, la infalibilidad pertenece a la Iglesia, en cuanto organización humana e imperfecta.

En otras palabras. Esa prerrogativa es un don subsiguiente al decreto por el que Dios se determinó a crear una sociedad humana con propiedades divinas.

La infalibilidad no es, pues, algo primario en la Iglesia. Por lo mismo, tampoco puede servir de punto de partida para una visión lógica del cristianismo⁴.

Expuesto el método inductivo, con sus posibilidades y limitaciones, vengamos al método deductivo, intentando ver su significación dentro de la catequesis que vamos a realizar.

⁴ Con este procedimiento inductivo, que acabamos de recordar, guarda estrecha relación el método *apologético* —nos referimos a su sentido más estricto— muy en boga durante los s. XVIII y XIX, y en nuestros días generalmente desechado por sus deficiencias metodológicas y errores teológicos que le sirven de base.

Metodológicamente presenta serias dificultades.

Como da comienzo con «objeciones» concretas, demasiado alejadas de los principios, la argumentación debe ser excesivamente larga lo cual sólo conduce a la confusión de las ideas.

Además, la argumentación general adopta una orientación «rebuscada» e inconsistente, al intentar conformarse a la objeción propuesta. Por este motivo, la atención se dispersa en cuestionillas, o lo que es peor, se extrapola para defender a todo trance un elemento aislado con detrimento del conjunto y de la verdad misma.

Teológicamente ha dado lugar a un error gravísimo: el *apologetismo*. El apologeta tiende a evitar el misterio, puesto que le estorba para sus razonamientos. Por el mismo motivo transforma la religión en un producto racional, suprimiendo la fe.

Pero el punto más flaco de este procedimiento, que llega hasta inutilizarlo, es el prescindir de algo imprescindible: la gracia. Pretende llegar a la fe por vía de simple razonamiento, olvidando que «no es resultado racional de unos argumentos más o menos rotundos y poderosos, no una virtud adquirida, sino una virtud infusa, algo inaccesible a los rozamientos humanos y sólo al alcance de la generosidad de Dios.»—(MILAGRO, José María, O. P., *Todos en pie*, Barcelona, 1959, p. 166.

El método deductivo, a diferencia del inductivo, no considera a la Iglesia como realidad acabada y perfectamente hecha. La Iglesia, como *efecto* divino, nos podría llevar a la idea de algo completo en sí y separado de la causa que lo produjo. Pero nada hay tan falso como pensar en la Iglesia separada de Dios.

La verdadera noción de Iglesia nos obliga a seguir a Dios a lo largo de todas sus manifestaciones en el correr de los siglos. Sólo así llegamos —lógicamente— a un concepto de Iglesia que es la encarnación perpetua de Dios entre nosotros.

En ese «fieri» constante de la Iglesia, Dios permanece íntima y perpetuamente unido a su obra divina, de tal manera, que la historia de la Iglesia —dando a este término su más amplio significado— es la historia de Dios.

Esta vía deductiva se hace aún más necesaria si se considera a la Iglesia en su aspecto más verdadero, es decir, como «don de Dios». En este sentido, la Iglesia es la personificación de Dios entregado a los hombres en calidad de Verdad y Vida. Así, Dios es, primariamente, don, paternidad; luego, legislador y juez.

Si se pierde de vista esta perspectiva, el cristianismo degenera en moralismo, ritualismo, etc., y en tantas otras formas de legalismo absurdo.

Porque es absurdo, en efecto, hablar de un Dios que se presenta primeramente en forma de ley y deber. La ley sólo alcanza valor en función de un bien y con relación a un fin.

Por eso, es preferible tomar como punto de partida un concepto de Iglesia que se identifique lo más posible con la bondad misma, Dios, y descender seguidamente a los aspectos más humanos y externos: jurídico, social, magisterial, etc.

Las ideas precedentes son la aplicación al caso particular de la ley general que debe ordenar toda catequesis: el dogma (modo de pensar) es el fundamento de la moral (modo de obrar).

A la luz de los principios metodológicos expuestos, propongamos ahora el segundo punto de nuestro trabajo.

B. — ESQUEMA LÓGICO - DOCTRINAL DE LA VERDAD CATÓLICA

Queremos subrayar aquí el contenido doctrinal del cristianismo, dedicando nuestra atención a la *encadenación* de sus verdades. Nuestro intento no es, pues, fundamentalmente, doctrinal, sino pedagógico. In-

cluso en este segundo aspecto, nuestras consideraciones se presentan a título de sugerencia.

Para entrar en materia, y con el fin de facilitar la tarea del lector, vamos a indicar sucintamente los elementos del conjunto que pensamos exponer.

Llegamos, lógicamente, a la realidad de la Iglesia, recorriendo las siguientes etapas:

- 1.—El cristianismo es una «religión». Este carácter religioso nos exigirá una revisión de los fundamentos filosóficos de la religión. El hombre debe ser religioso porque es criatura.
- 2.—El cristianismo no es mito (a). Es, por el contrario, una religión «histórica» (b), que ocupa su lugar en la gran historia del mundo.
- 3.—El cristianismo se presenta al hombre pidiendo una respuesta: la fe (a).
No siempre la actitud del hombre hace posible esta fe. Se originan así los sentimentalismos, fanatismos, gregarismos, ... que podemos sintetizar en el término «adhesión» (b).
Con este vocablo significamos las fórmulas mutiladas de la fe. En definitiva, posiciones falsas con respecto al cristianismo (4-bis).
- 4.—La fe, base del cristianismo, se nos pide a través de un «Mediador» divino - humano: Jesucristo.
- 5.—Por último, Jesucristo resucitado y ascendido a los cielos ha confiado la continuación de su obra mediadora a una sociedad divino-humana: la Iglesia Católica.

Antes de dar comienzo al desarrollo de estos apartados, debemos recordar al lector la finalidad concreta que nos hemos propuesto. Nuestra reflexión se ha preocupado de *organizar* las verdades cristianas *en función del joven*, objeto de la catequesis.

1. — *El cristianismo como religión*

El cristianismo se nos presenta como religión. La religiosidad es una característica sustancial del cristianismo. Por eso, no podemos entenderlo sin responder a un interrogante fundamental: ¿Qué es religión?

(4-bis) Con el término «adhesión» queremos expresar, en estas páginas, la actitud religiosa de quienes hacen consistir la religión en la *entrega*, o consagración, de la propia persona a unos dogmas indeterminados e inseguros.

La «adhesión», en este sentido, no es exclusiva del cristianismo sino requisito necesario a cualquier religión, e incluso, a todo movimiento social o científico.

La fe católica es algo más que simple adhesión. Supone, en una dimensión estrictamente racional, la seguridad, certeza y claridad doctrinales, necesarias para establecer y sostener relaciones *personales* entre Dios y el hombre.

Se han dado ya muchas respuestas: verdaderas, unas; falsas, tantas más. Por eso, pedimos excusa de nuestro silencio.

Preferimos dedicarnos a un trabajo de selección. Estamos convencidos de que una definición más no arreglaría las cosas. Además, lo importante no es la definición misma, sino saber con qué posibilidades se cuenta para darla. En este sentido, queremos hablar.

Para muchas mentalidades, la religión es el imperativo categórico más cierto y más practicado entre los hombres.

El adagio popular «hay dos cosas más poderosas que el hombre: el vino y la religión», dice algo, pese a la humorada, para quien lo considere con detenimiento.

Como se ve, estas afirmaciones, de unos y otros, están sobrecargadas de una idea común: «imposición». Parece como si el hombre hubiera nacido para ser la representación arquetipo del «deber».

Se olvida una idea básica, a saber: que la religión es, sobre todo, la comunicación de la criatura con su Criador; del hijo, con su Padre; del bien participado, con la Bondad Absoluta; de la vida, con su Fuente...

Pero, aun limitándonos al concepto de *religión-obligación*, resulta opuesto a la psicología humana, y mucho más a la del joven, olvidarse de que todo deber es consecuencia de algún derecho —inmediato o mediato—.

La religión no puede explicarse por teorías kantianas, si, en realidad, es un simple corolario de nuestro modo finito de ser. El fundamento último de nuestros deberes religiosos para con Dios es la creación misma.

En efecto. Todo ser creado depende del Ser Necesario, tanto en su existencia como en el origen de la misma⁵. La actitud de homenaje y total dependencia que el hombre debe guardar respecto de Dios se explica por la contingencia del ser finito, dotado de razón y libertad.

Si se olvida esta condición radical de la criatura, desaparecen necesariamente las nociones de religión, misterio, libertad, obligación, etcétera, y el hombre se endiosa, volviéndose ateo, o se envilece, adorando las fuerzas de la naturaleza.

Los misterios de nuestra religión, en particular, dejarían de ser piedra de escándalo para tantos espíritus racionalistas, si se tuviera

⁵ Cfr. I, q. 96, a. 1.

en cuenta que la finitud de la criatura se extiende hasta la última parcela de su ser. En resumen, el ateísmo desaparecería del mundo, si la metafísica de lo finito tuviera verdadera carta de ciudadanía en muchas mentes modernas.

2. — *El cristianismo no es un mito*

a) *El mito.*

Ofrecer aquí la filosofía del mito sería sobrepasar el fin que nos hemos propuesto. Limitaremos, pues, nuestras consideraciones a aquellos puntos que nos hagan comprender mejor las características propias del cristianismo, en su calidad de religión esencialmente definida.

El mito, ya desde la antigüedad pagana, significa una realidad indeterminada en su contenido esencial y modo de existir; por eso mismo, su ser no puede tener vínculo alguno con cualquier situación concreta espacio-temporal⁶.

Es algo cercano a la fábula, que sobrevive a modo de creencia popular. El pueblo crea los mitos, los sustenta y, viviéndolos, los introduce en la historia.

En definitiva, es una realidad sin origen ni autor. Por lo mismo, sin historia.

El mito existe, pues, como construcción del hombre y para el hombre.

En sentido religioso, ha sido la base sobre la cual se han elaborado las antiguas religiones paganas. Buen ejemplo de ello tenemos en la mitología griega.

Es importante hacer notar que ningún campo se presta tanto como el religioso para este proceso de «mitificación». La religión, con sus misterios, ofrece al hombre una ocasión de «totalizar» en seres por él imaginados, realidades que necesariamente le sobrepasan; principalmente, Dios.

La razón de esta mitificación de las cosas parece ser la tendencia innata del hombre hacia la plenitud.

Limitando a Dios o, lo que es igual, reduciéndole a un «todo» acabado, completo y circunscrito, se ilusiona con una plenitud que, en realidad, no posee ni podrá nunca alcanzar, puesto que es exclusiva de Dios, ser infinito.

⁶ Con el mismo significado entra en el Nuevo Testamento. Cfr. II. Pet. 1, 16; II Tim. 4, 4.

Por otra parte —consecuencia necesaria—, una religión fundada en dioses con moldes humanos no puede satisfacer las aspiraciones infinitas del hombre; de ahí que los dioses paganos aparezcan y desaparezcan en el curso del tiempo y, naturalmente, sin forma definitiva, puesto que en su modo de existir dependen de la época y de la situación humana que los resucita.

Con respecto al hombre, el *eterno retorno* del mito religioso desemboca en el fatalismo.

En efecto, el hombre esencialmente histórico, esto es, limitado por el tiempo y el espacio, queda sujeto al movimiento continuo y forzoso de los ciclos sucesivos, en donde no hay ya lugar para los actos verdaderamente libres, capaces de cambiar el curso de la historia.

Además, en este contexto del mundo desaparece la idea de Dios, puesto que se identifica con la pura pasividad e impotencia; y la fe en el sentido judeo-cristiano, es decir, en cuanto significa «que para Dios, nada es imposible», no se hace posible.

En su acepción religiosa, podríamos sintetizar la esencia del mito en estas pocas palabras: fuerza de la naturaleza divinizada por el hombre, sin esencia ni historia, regida por leyes fatalmente necesarias.

b) *El cristianismo es una religión histórica.*

En contraposición al mito, el cristianismo es algo concreto. Su realidad es de tal modo histórica y visible, que no sólo se «sitúa» en la historia, sino que la domina, constituyéndose en el centro de la misma.

La esencia del cristianismo está ligada a la existencia, obra y destino de un personaje perfectamente histórico: Jesús de Nazaret.

La vida de Jesús posee todos los signos históricos exigidos por una vida humana. Nace en un lugar y época, crece en un ambiente determinado, muere como un facineroso y deja una obra para la posteridad, la Iglesia Católica.

Los testimonios históricos sobre Cristo y su obra son tan numerosos y tan unidos a la vida e historia de un pueblo, que negarlos significaría producir un bache en la historia de la humanidad.

El catequista procurará explicar el alcance de estas afirmaciones generales sirviéndose del Evangelio y de los autores, tanto judíos (Flavio Josefo, principalmente) como paganos (Plinio el Joven, Tácito...), que nos hayan transmitido noticias sobre Jesús.

También será muy conveniente que presente a sus alumnos la historicidad de los Evangelios. Sólo así, alcanzan el valor de testimonio. Esta medida se hace necesaria, puesto que hablamos a bachilleres que en el segundo año prescindieron enteramente de este aspecto, al estudiar la *Vida de Jesucristo*.

El concepto de historia hasta aquí expuesto, no es suficiente para definir la realidad total del cristianismo. Sería grave peligro para la fe, apoyarla en hechos simplemente históricos. El cristianismo no puede humanizarse totalmente, ni siquiera convertirse en ciencia. Caería así en el cientismo y racionalismo, que ve en Jesucristo al «hijo del carpintero»⁷, olvidando que es también Dios entre nosotros, «Dios escondido»⁸.

Porque Jesucristo es Dios, la historicidad del cristianismo desaparece a veces, hasta convertirse, al menos parcialmente, en realidad misteriosa.

Ahora bien, la oscuridad del misterio no debe confundirse con la irracionalidad. El misterio está formado con realidad, tan rica en profundidad y extensión, que nunca puede ser aprehendida por nuestras facultades limitadas. Los misterios, a decir verdad, sólo existen para nuestro entendimiento; en sí mismos, son perfectamente inteligibles.

Por otra parte, a esta plenitud del misterio corresponde una diferencia con respecto al mito. En efecto, lo propio del mito es cerrarse en sí, quedarse en una totalidad, sin recurso para el auténtico crecimiento. El misterio, al contrario, nunca podrá realizarse en su plenitud; de ahí que siempre produzca nuevos efectos y aparezca con distintas expresiones.

Concluyendo. El cristianismo es histórico en su dimensión terrena, es decir, en cuanto significa acontecimiento humano; y metahistórico, en su plano divino y misterioso.

Antes de pasar al cristianismo como respuesta, debemos subrayar uno de sus caracteres más decisivos: el personalismo.

En el cristianismo, todo viene definido por una persona: Jesucristo. Hemos visto ya esa constante de personalidad en toda la vida del Nazareno, fundador de una sociedad religiosa. Pero no podemos dete-

⁷ Mt. 13, 55.

⁸ Is. 45, 15.

neros aquí, si queremos adentrarnos en la esencia del cristianismo. Como caso único en la historia de las religiones, el fundador del cristianismo constituye el núcleo de su doctrina. Jesucristo no se limita a «transmitir» una doctrina, sino que El en persona permanece dentro de ella como principio, contenido y fin.

Ningún fundador es para su religión lo que Jesucristo para el cristianismo: camino, verdad y vida⁹, pan y alimento¹⁰, luz que ilumina a todos los hombres¹¹, agua que calma la sed¹² y piedra angular del edificio por El construido¹³.

3. — *El cristianismo pide una respuesta*

a) *La fe, como respuesta al cristianismo.*

La fe es una actitud radical frente al cristianismo. Es la creencia en dogmas seguros y constantes, capaces de crear en el hombre un «modo de ser» específico.

La originalidad del cristianismo no consiste sólo en poseer un conjunto de verdades religiosas. Lo definitivo en nuestra religión es la absoluta certeza de su dogma; certeza que sólo puede explicarse por el testimonio infalible de Dios.

Añadamos que esta seguridad doctrinal es condición «sine qua non» para la existencia del cristianismo. Las exigencias de la verdad cristiana son tan definitivas y totales, que nadie admitiría el compromiso de seguirlas, sin contar con el apoyo de un dogma infalible.

La fe católica toma al hombre por entero, en su pensar, querer y obrar.

En un aspecto psicológico, la fe pone en juego todas las facultades superiores del hombre. Implica un acto del entendimiento, por el que se aprehende la verdad revelada y propuesta para creer. Reclama, a su vez, el ejercicio de la voluntad libre, para aceptar los misterios o verdades reveladas que se presentan envueltas con cierta oscuridad¹⁴.

⁹ Jn. 14, 6.

¹⁰ Jn. 6.

¹¹ Jn. 8, 12.

¹² Jn. 6,35.

¹³ Mt. 21, 41-43; Is. 28, 16.

¹⁴ Por tanto, la fe supone al mismo tiempo certeza y oscuridad. *Certeza* de la verdad revelada y del acto por el cual Dios nos ha revelado *tal* verdad en concreto. *Oscuridad* en cuanto a la comprensión, si la verdad en cuestión es «misterio de primer orden», es decir, una verdad cuyo constitutivo íntimo es-

En la fe cristiana, el hombre todo se «compromete» con Dios.

Muy significativo es el término empleado en el Antiguo Testamento para expresar esta relación personal del hombre con Dios. El «bêrit» (pacto, alianza) nos sugiere la idea de obligación bilateral, reforzando el concepto de responsabilidad. Así, en el binomio Dios-criatura, el hombre se enfrenta directamente con Dios, obligándose a cumplir lo pactado.

El Nuevo Testamento cambia la terminología. El vocablo «bêrit», ya no es alianza, compromiso, sino *testamento*. Así se quiere expresar mejor la trascendencia de Dios y, al mismo tiempo, poner de relieve la generosidad de Dios, el cual, llegada la plenitud de los tiempos, nos da a su Hijo como Salvador y Mediador entre El y nosotros.

Es claro que esta mediación reporta muchísimos bienes al hombre. Pero —extraña paradoja—, para no pocos es ocasión de infidelidad en cuanto que les da pie para «descargar» en el mediador las obligaciones que personalmente les conciernen.

Este abuso de la mediación tiene su explicación en la psicología de ciertos sujetos, fuertemente inclinados hacia la inhibición y la irresponsabilidad. De hecho, todos sentimos alguna repugnancia hacia los compromisos individuales.

En punto a obligaciones religiosas, concretamente, parece como si nos «doliera», a veces, tener que fundamentar nuestras acciones en sola nuestra fe. Quisiéramos una existencia menos densa, menos concentrada en nosotros mismos, con más apoyo en los demás. Preferiríamos compromisos más humanos, de menos trascendencia. La realidad es que la fe de Noé, de Abrahán, de San Pablo... nos asusta.

Sin embargo, no es posible evitarlo, para vivir la fe, debemos poner en juego todo nuestro ser. El cristianismo no admite medias tintas. Desde que Cristo ha dicho: «El que no está conmigo, está contra mí», sólo existen dos caminos, o se es fiel, o traidor.

Contra la tentación de reducir la fe a categoría de relación humana, la afirmación de Jesucristo es demasiado tajante: «El que creyere y se bautizare, se salvará; pero el que no creyere, será condenado»¹⁶.

Por esta declaración, la fe se convierte en trascendental de la vida,

capa a nuestro entendimiento aun después de revelada. Es el caso del Misterio de la Santísima Trinidad.

¹⁵ Mt. 12, 30.

¹⁶ Mc. 16, 16.

y toda la personalidad, en su doble dimensión: temporal y eterna, queda comprometida en ella.

b) *La adhesión, fe truncada.*

La adhesión es una posición impersonal frente al cristianismo. Si la fe, como decíamos, pertenece a la persona, plenamente consciente de su libertad, la adhesión es fruto del sujeto irresponsable, dominado por impulsos meramente gregarios.

Es un modo de vivir la religión que se regula por fórmulas superficiales y masivas: el sentimiento, la opinión del conjunto, la costumbre rutinaria, etc.

Es la consecuencia práctica del cristianismo sin núcleo dogmático y, por consiguiente, carente de auténtica motivación.

Como manifestación religiosa, puede traducirse en prácticas piadosas de carácter general: novenas, procesiones, etc.

Los peligros de este cristianismo son tan palpables, que huelga toda enumeración. Sin embargo, puede tener su interés alguna reflexión sobre las posibles causas de este grave obstáculo al auténtico catolicismo.

Después de considerar atentamente las cosas, nos parece que la falta de personalidad religiosa en los fieles se explica, en primer lugar, por la ausencia y mala organización de la enseñanza religiosa. Por lo que respecta a lo segundo, hemos podido observar que, con frecuencia, predicadores y catequistas insistimos mucho en las *obligaciones* morales, dejando en la penumbra las verdades que deben regir los comportamientos cristianos. Con P. Simon, nos preguntamos si no está fallando el cristianismo por el elevado número de quienes predicán la moral y la escasez de los que enseñan el dogma¹⁷. En otras palabras, la catequesis no da bastante importancia a los principios de la religión, que son la regla última del obrar, ya que proporcionan a quien los conoce bien los motivos de acción más poderosos.

Se pierde el tiempo y se pone en peligro el cristianismo, siempre que se predicán las consecuencias de principios ignorados.

Así, pues, en la organización de la catequesis, debemos seguir el orden determinado por el Señor: enseñar (bautizar) y mandar¹⁸. Invertir esa ordenación de términos o quedarnos con el último, es exponer la vida cristiana a los peligros de la desorientación.

¹⁷ SIMON, Paul, Mgr., *L'humain dans l'Eglise du Christ*, Tournai, 1950, p. 145.

¹⁸ Mt. 28, 19-20.

Otros catequistas —y pasamos a un segundo punto— confunden el entusiasmo con la fe.

Para éstos, es preciso advertir que la catequesis no puede organizarse a la manera de campaña propagandística. El entusiasmo creado a base de círculos de estudio, de mítines y «slogans», no es bastante para ordenar la vida cristiana ¹⁹.

La catequesis debe asegurar, ante todo, la permanencia de los motivos que rigen la vida del cristiano. Ahora bien, estos motivos sólo pueden apoyarse en el fundamento firme de la fe.

Debemos señalar, en fin, el fallo del cristianismo por parte de quien lo vive.

Todos llevamos dentro una tendencia a regirnos por el ambiente. El «espíritu gregario» es un signo de nuestra pobreza psicológica, poco dispuesta a descubrir categorías que se eleven sobre el mundo de los ojos.

La religión, más que ninguna otra sección de la vida, se nos oculta fácilmente por su relación especial con lo trascendente. De ahí que nos hallamos expuestos a sustituir la fe por otra norma de acción más cercana a la sensibilidad: relaciones sociales, ley de la costumbre, etc. Encontramos tarea demasiado ardua «referir» nuestras acciones a sus principios normativos. Por eso, muchas personas llegan a clasificar sus obligaciones religiosas en un apartado de sus relaciones sociales.

En esta perspectiva, la obligación moral, el pecado, y muchos deberes de la vida cristiana quedan relegados a la categoría de «lo más o menos conveniente»; hasta llegar a perderse la noción de pecado, que es uno de los mayores males que aquejan a grandes sectores de la sociedad actual.

Por aquí comprenderá el catequista la importante labor que le corresponde en la lucha contra ese enemigo del cristianismo, que se llama convencionalismo social. Procure organizar la enseñanza religiosa de modo que cuantos le oyen puedan conocer debidamente los principios absolutos y duraderos, que son norma de la vida cristiana.

4. — *La mediación en el Cristianismo*

La mediación —declara R. Guardini— constituye la forma esencial de la relación cristiana con Dios, y no puede desaparecer nunca, so pena de quedar destruida la esencia misma de esta última ²⁰.

¹⁹ AYL, Fr. V., o. c., p. 453.

²⁰ GUARDINI, Romano, *La esencia del Cristianismo*, Madrid, 1959, p. 55.

Como —anteriormente— ha dicho el mismo autor, la palabra *Dios* se usa aquí en el sentido bíblico, es decir, como Aquel que es al mismo tiempo creador y juez, redentor y otorgador de gracia, y con el cual podemos relacionarnos mediante la fe y el amor.

Para entender la mediación en el orden de la gracia, es preciso recorrer la historia del mundo hasta encontrar al hombre en el paraíso terrenal. Allí, Dios se manifiesta al primer hombre como creador y dueño; y, al mismo tiempo, le ofrece el don de su amistad y de su amor. Pero Adán —conocemos la historia— abusa del amor y se vuelve contra Dios.

La ruptura sobreviene, y aquel primitivo estado de armonía queda destruido. A partir de ese choque, el hombre queda alejado de Dios, y cualquier intento de la criatura por llegar a la reconciliación, resulta impotente frente a Dios.

Sólo cabe una iniciativa eficaz, la de Dios. Esta iniciativa se da, y el Hijo es enviado por el Padre para restaurar el orden maravillosamente creado. Desde el momento de la Encarnación, el hombre queda reconciliado con Dios, y el Hijo se constituye *mediador* entre el cielo y la tierra.

Esta mediación pertenece a Jesucristo de modo natural, pues sólo El —por la unión hipostática— participa esencialmente de los dos extremos relacionados: Dios y hombre.

A su vez, la posesión de la naturaleza divina y de la humana le confiere el derecho de ejercer las funciones que a ellas pertenecen. Así, Jesucristo es:

Sacerdote, esto es, vínculo religioso entre Dios y el hombre.

Víctima, ofrecida y aceptada por el Padre como sacrificio de perfecta alabanza y sumisión.

Verdad y Vida, que restauran la armonía de la creación y nos devuelven la amistad con Dios.

Por este motivo, después del pecado original, toda relación de Dios con el hombre, y del hombre con Dios, se halla vinculada a la figura del único que *es* «el camino, la verdad y la vida»²¹.

Como camino, nadie podrá llegar al Padre sino por El. En cuanto Verdad, sólo por El conocemos a Dios, pues «nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo quisiere revelárselo»²². Es tam-

²¹ Jn. 14, 6.

²² Mt. 11, 27.

bién «la fuente de vida eterna para quien come su carne y bebe su sangre»²³.

Las reflexiones que acabamos de hacer se refieren a la doctrina de la mediación en sí misma considerada.

La mediación por la vertiente humana es mucho más problemática, al entrar en juego la libertad del hombre.

El mensaje de amor, presentado por Cristo, provoca distintas actitudes. Para unos, Jesucristo es el Hijo de Dios vivo, el Profeta, el Mesías, el Salvador de Israel.

Para otros, es la piedra de escándalo, la ocasión de protestar contra el Dios que se «arroga» el poder de investir a una persona histórica con significación de eterna salvación²⁴. Para los rebeldes judíos, Jesucristo sólo puede ser el «hijo del carpintero y el hermano de Santiago y Judas»²⁵.

De este modo, la eficacia del cristianismo queda supeditada a la decisión libre del hombre, a un acto de fe.

5. — *La Iglesia, continuación de Jesucristo*

Hemos llegado al último anillo de la cadena religiosa que une al hombre con Dios.

El Dios de Abrahán, Isaac y Jacob ha querido sensibilizarse para siempre a través de su Hijo. Y el hijo, fiel al querer de su Padre, se queda perpetuamente con nosotros en su Iglesia.

Jesucristo y su Iglesia son dos realidades unidas entre sí de modo inseparable.

Una y otra dependen de Dios. Y también del hombre, pues sólo mediante la fe, Dios y su Obra pueden ocupar un lugar entre nosotros.

La Iglesia, creada para el hombre, continuadora de Jesucristo, seguirá dando a Dios. Será Dios con nosotros. Por tanto, algo terreno y visible, y, al mismo tiempo, misterio y divinidad.

Las dos vertientes se extienden paralelamente a todos los actos y manifestaciones de la Iglesia. Por el lado divino, la Iglesia es mis-

²³ Jn. 6, 51, 52, 57.

²⁴ GUARDINI, Romano, o. c., p. 51.

²⁵ Lc. 10, 10.

terio operante, fuente inagotable de vida y santidad, Dios viviendo entre nosotros mediante la gracia y la fe.

Como sociedad terrena, la Iglesia es realización histórica, organización, autoridad y sumisión.

Pero ambos aspectos son igualmente verdaderos y necesarios.

Bien es verdad que síntesis como humanidad - divinidad, ignorancia - infalibilidad, mutación - permanencia... asustan a la razón. Por eso, la Iglesia es una nueva ocasión de escándalo y de protesta contra Dios.

Pero, para quien tiene fe, queda en pie el milagro perenne de Dios: «Estaré con vosotros hasta la consumación de los siglos»²⁶.

Juan BERNAD, F.S.C.

²⁶ Mt. 18, 20.